

Se gasta 930 pesetas en ir a Madrid al España-Argentina

Y, después, tuvo que «oir» el partido por la radio en la Comisaría

AL REGRESAR, SU ESPOSA LE PREGUNTA: "¿QUE ME HAS TRAI DO DE MADRID?"

Por su interés, gracejo y moraleja aleccionadora, recogemos de "Alerta" de Santander el siguiente reportaje:

Esta historia es una de tantas. Protagonistas de este hecho ha habido, según nos cuentan, a centenares. Lo que le ocurrió a Francisco Varanda Ortiz, empleado de una oficina santanderina, le sucedió a numerosísimos españoles que, rápidamente, improvisaron un viaje a Madrid para no perder la ocasión de ver a Gaiña enfrentarse a los "bichos" argentinos, según el decir de aquel simpatiquísimo comandante del "Pueyrredon".

Varanda está ya de vuelta de Madrid, después de un viaje que ha durado tres días. Se marchó el viernes por la tarde, en el "Taf". Hele aquí ahora, malhumorado y con la paga de Noviembre liquidada.

—Cuenta usted, Varanda.

—Yo me determiné a ir a Madrid

porque un amigo me

ofreció una entrada

de cualquier precio,

valiéndose de las cir-

cunstancias de ser

medio pariente de un

empleado de Chamartín,

a quien le juzga-

ba con facilidades pa-

ra obtenerla. Yo le di-

je, cuando hablamos

por conferencia: "Mi-

ra, Pepe, no me quiero gastar

arriba de

quince duros de pensión".

"Por ese precio

—me contestó— te estás aquí hasta

Navidad, hombre". Hice el maletín

confiado y me metí en el "Taf".

Había muchos amigos en el tren.

"Chirri" iba cerca

de nosotros. Se habló de fútbol

durante todo el viaje.

—Muy bien. Ya está usted en Madrid.

—Pepe salió a la estación a recibirme.

Todavía no tengo la entrada, hombre;

pero mi primo ha quedado en ir por casa

mañana al mediodía provisto de una con

derecho a general. Así que todo está he-

cho. ¿sabes?" Yo me puse muy con-

tento y quedé bastante tranquilo. ¿Qué

ganas tenía de verme en Chamartín con

el ojo puesto en el dribbling de Tuche

Méndez y en las arrancadas de Piru

Gainza!

—Llega el sábado.

—Sí. Me fui con Pepe a dar una vuel-

ta por Madrid. Y ya pude observar el

escandaloso negocio que había con las

entradas. Aquello me escamó un tanto, y

le dije a Pepe: "Oye, ¿no crees tú que

tendré que ponerme en relación con es-

tos?" "¿Qué va, hombre! Cuando vaya-

mos a casa, Fulgencio nos habrá llevado

ya los boletos. No te preocupes, Paco.

¿Sería la primera vez que a mí me falla-

ra la combinación, hombre!".

—Después del aperitivo, vuelven a casa

—Y, en efecto, no había ni Fulgencio

ni entradas ni recado de que pudiera ha-

berlas. Pepe no se lo explicaba. Espe-

ramos hasta las siete. No hubo manera.

Entonces, nos echamos a la calle y fui-

mos a casa de Fulgencio, y allí nos die-

ron el recado, el recado de que estaba "a

la sombra" por vender entradas de es-

traperlo. ¡Yo me escamé más! Y, por mi

cuenta, decidí arreglármelas. Me fui a la

calle Victoria, donde yo sé que se hacen

estos negocios, porque más de una vez

lo he visto hacer con los toros, y me in-

troduje en una tasca. Y esperé. Sentado

ante un velador, un individuo me hizo

una seña. Comprendí rápidamente. "¿A

cómo?", le dije. Y me entendió de prisa.

Con un lápiz me puso en el mármol: "De

general, doscientas pesetas". A mí me

dieron ganas de pedirle el lápiz y poner

debajo "ladrón". Me contuve y entré en

negociaciones. En fin de cuentas, ¿para

qué había ido a Madrid? El tipo insis-

tió con el lápiz: "¿Si o si?". Yo cogí el

lápiz y puse, en mayúsculas: "No". Se

congongió de hombros y se marchó. Yo

también.

—Y llegó el domingo.

—Sí, señor. ¡Y más vale que no hu-

biese llegado nunca! A las once de la

mañana estaba yo ya en la calle Victo-

ria, en el mismo bar, atraído por el he-

chizo de la entrada. ¡Curiosa coinciden-

cia! El mismo tipo en el mismo velador.

Sonrió al verme. Me senté a su lado. Co-

gió el lápiz y escribió: "¿Qué?". Yo le

dije bajito: "Bueno, venga". El anotó en

el mármol: "Hoy, 225". Me eché mano

a la cartera y conté bajo la mesa la

"mantequilla". Pero, inopinadamente, vi

que el tipo se levantaba demudado. No

comprendí nada de lo que ocurría hasta

que un señor, correctamente vestido, me

enseñó algo raro que llevaba en el rever-

so de la solapa de su abrigo. Para qué

voy a explicar más; media hora después

estaba en la Comisaría del distrito en

unión del estraperlista.

—Entonces, ¿no vió usted el partido?

—¡Qué voy a ver! ¡Y la vida me dió

que los agentes de guardia llevaron un

"RCA" y escuchamos la retransmisión!

¡Habrás visto! Me aborré las doscientas

veinticinco, pero, después, a las seis,

cuando "me dieron de alta", salí y mar-

ché a casa de Pepe, donde había un so-

bre a su nombre. Después, llegó él. Abrió

la carta y se encontró dos delanteras de

general, con una nota de su pariente que

decía: "Valen trescientas pesetas las dos.

Ya liquidaremos".

—Entonces, ¿tuvo usted un día redon-

do!

—Ponga usted 80 pesetas de comida

en el "Taf", 300 de la pensión, 20 duros

de imprevistos y 150 para pagar la en-

trada del partido que no vi, que hacen,

con el importe de los billetes del ferro-

carril, 930 pesetas justas. La parienta

me dijo en casa, al abrirme la puerta:

"¿Qué me has traído de Madrid?". Yo le

contesté malhumorado: "Si no te retiras,

un tortazo".



Tomogor

Calatrava, 4
Teléfono, 525

Ciudad Real

José Navarro Carrillo

ALMACEN DE COLONIALES

CRUZ, 4 - TELEFONO 74 - CIUDAD REAL